

## **"El Regalo del Sacerdocio en la Familia del Cenáculo Misionero"**

Hermana Sara Butler, MSBT

Tanto el Padre Judge como la Madre Bonifacia estaban convencidos que el Cenáculo Misionero necesitaba sus propios sacerdotes, hombres formados por el mismo espíritu y tradición como las Hermanas que salvaguardarían su visión y espíritu y junto, con ellas, fomentarían el creciente Apostolado del Cenáculo Laico. Hoy, al hablar de nuestros Hermanos ST nosotros estamos conscientes de incluir a nuestros Hermanos Misioneros junto con nuestros sacerdotes. Esto nos lleva a pensar en la distinción de nuestras dos ramas religiosas por género masculino –la comunidad de hombres, y género femenino -la comunidad de mujeres. Al considerar toda la Familia del Cenáculo Misionero, a menudo hacemos la distinción de nuestras ramas religiosas y ramas laicas.

Sin embargo, el Año del Sacerdote nos invita a considerar otra distinción dentro de nuestra Familia, es decir, la distinción entre los ordenados y los no-ordenados – o, puesto que algunos Hermanos Misioneros han sido ordenados como diáconos permanentes - entre aquéllos ordenados como sacerdotes y el resto de nosotros. ¿Cuál es entonces, el regalo del sacerdocio en la Familia del Cenáculo Misionero?

En algunos círculos es pasado de moda llamar la atención a las prerrogativas del sacerdocio ministerial. ¡Repetidamente se les advierten a los sacerdotes sobre los peligros del clericalismo, y aquéllos de nosotros que no somos sacerdotes estamos acostumbrados a recordarles aquéllos que lo son de ¡la misma dignidad de nuestras

vocaciones! Además, muchas cosas han cambiado desde los días tempranos del Cenáculo. Las Hermanas, los Asociados Laicos, y los Hermanos Misioneros pueden ahora conseguir grados avanzados en teología, ley canónica, y ministerio pastoral; ellos pueden ser llamados a ejercer varios oficios litúrgicos y eclesiales, dar retiros, ofrecer dirección espiritual, y asumir muchas otras posiciones de liderazgo en la Iglesia. Solamente el sacerdote podía adquirir la preparación necesaria para cumplir la mayoría de estas funciones en los tiempos del Padre, por eso podemos entender porqué el tener nuestros propios sacerdotes era una preocupación urgente para él. ¿Porque es todavía importante para nosotros?

¡Sin duda el Padre Judge se molestaría si alguien en el Cenáculo hiciera esa pregunta! La historia se cuenta que un cofrade Vicentino en la Universidad de San Juan una vez lo acusó de ser "un Martín Lutero" porque él había organizado mujeres y hombres laicos devotas para asumir "trabajo que es el trabajo del sacerdote". (Pueblo Eclesial, p. 87)

¡Pero el Padre no era ningún "Martín Lutero"! Aunque él a veces les decía a sus discípulos que ellos estaban haciendo "trabajo de sacerdotes," él sabía que les estaba invitando a cumplir su propia vocación, el sacerdocio de los bautizados, cuando él los formaba como misioneros. El Padre entendía muy bien que los hombres llamados al sacerdocio habían recibido un don vocacional exclusivo para predicar el Evangelio, ofrecer el sacrificio de la Misa, escuchar confesiones, celebrar los otros sacramentos, y pastorear al creyente en la persona de Cristo.

El Padre sostenía el sacerdocio ministerial en muy alta estima. La estima del Padre por el sacerdocio es evidente en las Constituciones que él escribió en 1913 para el Cenáculo Misionero Exterior: los asociados han de respetar los sacerdotes y apoyarlos con sus oraciones. En uno de los primeros borradores de la Regla para la comunidad de las Hermanas, él puso "para ser aliadas devotas de sacerdotes" entre las "devociones" características del Cenáculo; está incluido allí mismo con lo de extender la devoción a la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, la Encarnación, los Dolores Mentales de Jesús, y oración y labor por la unidad de la Iglesia. Como "aliadas devotas de sacerdotes," las Hermanas han de ofrecer oración constante por los sacerdotes, fomentar vocaciones al sacerdocio, y proporcionarles ayuda a los sacerdotes con apóstoles laicos espiritualmente entrenados. Asimismo, la versión de la Constitución de 1928 de los ST, dirigió a los Hermanos a abrigar una devoción particular al Sacerdocio.

La misma exhortación para venerar el sacerdocio se ha llevado a cabo en nuestra Regla de Vida común, Art. 15. Aquí, la idea se conecta explícitamente a nuestra devoción a la Eucaristía. El artículo empieza refiriéndose a la Eucaristía como "el sol y centro de nuestras vidas," y luego continúa: "Hemos de tener reverencia hacia la presencia sacramental del Señor Jesús, y para todo lo que se relaciona a la Eucaristía, sobre todo el sacerdocio." En otras palabras, es debido a la relación especial que tienen los sacerdotes a la Eucaristía que nosotros hemos de venerarlos.

Los sacerdotes son los que pueden darnos acceso al objetivo, sacramental, presencia personal y real de nuestro Señor Jesucristo en la Santa Comunión; ellos son los que hacen posible que Nuestro Señor more en el Santísimo Sacramento de su amor. Es a través del ministerio de sacerdotes que el resto de nosotros podemos unir nuestros sacrificios al gran sacrificio de Cristo en la Cruz y puede darle el culto perfecto a Dios en la Liturgia Eucarística. Nosotros sabemos cuán valorada era para el Padre la Exposición Eucarística y la Bendición Sacramental; En los tiempos del Padre Judge, éstos también requirieron el ministerio de un sacerdote. Nosotros recordamos que él anheló por "el mayor comer del Cuerpo de nuestro estimado Jesús y el mayor beber de Su Sangre Preciosa," que él se regocijaba cuando la Misa se ofrecía por primera vez en algún lugar desolado o en una de nuestras capillas, y que él siguió el sacrificio de la Misa alrededor del mundo, mentalmente, durante su última enfermedad. Ciertamente su intensa espiritualidad Eucarística explica su devoción al sacerdocio, y su deseo de que nosotros compartamos esta devoción.

El Padre se dio cuenta que el Cenáculo Misionero necesitaba sacerdotes propios, hombres formados por el mismo espíritu y tradición que las Hermanas quienes salvaguardarían su visión y espíritu y junto con ellas servir al Apostolado del Cenáculo Misionero creciente. Incluso, él pensó que era deseable, para la estabilidad del carisma, que el Custodio General de la comunidad de los hombres fuese el superior de la comunidad de las Hermanas, de acuerdo con el modelo adoptado por los Vicentinos y las Hijas de Caridad. Esta propuesta con el tiempo fue abandonada, pero el hecho de que se intentó demuestra qué tan sumamente

importante el Padre pensó que era para las Hermanas el servicio sacerdotal de hombres con el mismo carisma. Él dirigió a Margaret Healy a mirar hacia "Cumbre de la Santísima Trinidad" (el Cenáculo de los hombres en Silver Spring), prometiendo que el futuro del Apostolado del Cenáculo Misionero se aseguraría una vez que obtuviéramos nuestros propios sacerdotes. Según el "Plan del Cenáculo" que él estableció en varios lugares, nuestros sacerdotes habrían de tomar la iniciativa abriendo nuevas misiones, y luego hacerles la invitación a las Hermanas de unirse con ellos y juntos mantendrían la formación espiritual y apostólica del laicado en ese lugar.

Desde un principio, la Madre Bonifacia y nuestras Hermanas compartieron este sueño y estaban estrechamente involucrados con su realización. La muy adueñada manera en que nos referimos típicamente a "nuestros sacerdotes," como si ellos nos pertenecieran como un grupo, puede remontarse desde Holy Trinity. Refleja las relaciones tempranas en Holy Trinity, dónde las Hermanas conocían a los candidatos para el sacerdocio como muchachos y hombres jóvenes de escuela secundaria. Las Hermanas eran más numerosas que los Hermanos, ellas tenían más entrenamiento en el carisma, y muchas de ellas eran mujeres maduras con una experiencia de vida considerable. Algunas Hermanas eran sus maestras, y otras los alimentaron con buena comida, atención fraternal, y afecto. La Madre Bonifacia, en particular, es recordada por tener una relación cariñosa con los estudiantes en el lado de St. Joseph, y por haber sido "la madre de su sacerdocio." El primer joven en lograr el sacerdocio, P. Eugenio Brennan, se ordenó en la capilla de la casa madre

de las Hermanas en Holy Trinity (1926). El Padre Eugenio era "nuestro" de una manera especial. Como las Hermanas que lo conocieron atestan, su salida de la comunidad de los hombres (descrito por la Hna. Mary en *Led by the Spirit* (Guiado por el Espíritu) nos causó un soplo severo. Se dice que la vela de vigilia puesta en un nicho pequeño en la piedra de la pared de nuestra antigua casa de retiros situada en la Avenida Solly, siguió ardiendo allí para el P. Eugenio. (Yo recuerdo cómo las Hermanas de más edad en la casa madre recibieron la noticia de su retorno con fervientes oraciones de acción de gracias y gran regocijo.)

Ha habido muchos sacerdotes ST desde entonces, claro, y nosotras las Hermanas los hemos reclamado a todos ellos como "nuestros." Estamos conscientes de la bendición que es tener sacerdotes en nuestra propia familia y poder contar con su ministerio. Nos sentimos afortunadas de poder contar con ellos para presidir en las celebraciones Eucarísticas de nuestros días festivos del Cenáculo, nuestras profesiones y aniversarios, nuestros retiros y reuniones de comunidad importantes, y claro, nuestros funerales. Nosotros agradecemos cuando predicán los temas familiares del Cenáculo. Nos alegramos que ellos entienden y aprecian nuestra vocación particular, y que ellos pueden animarnos y fortalecernos con el fruto de su meditación en nuestros misterios y devociones. Ellos pueden tocar nuestros corazones porque ellos saben quiénes y cómo somos. Cuando ellos predicán la Palabra de Dios, presiden en nuestras liturgías, escuchan nuestras confesiones, u ofrecen dirección espiritual, ellos nos hablan como hermanos y amigos. Nos regocijamos con los recientemente-ordenados cuando ellos vienen a la casa madre

para una "primera Misa," cuando uno de nuestros sacerdotes viene a la casa madre para Navidad y Pascua, y en años recientes, por su servicio allí como nuestros capellanes.

Agradecemos su compañerismo y ministerio sacerdotal a largo tiempo. Por ser nuestros sacerdotes también nuestros "hermanos," experimentamos la bondad de nuestro Señor de una manera especial por medio de su ministerio. Cuando ellos predicán, nosotros oímos la Palabra de Dios filtrada a través de mentes y corazones formados por nuestros preciados ideales y devociones, y esto refresca y renueva nuestro compromiso a nuestro carisma. Por ser sacerdotes éstos hermanos nuestros, podemos recibir los regalos de Cristo de parte de hombres que nosotros conocemos bien, y juntos podemos celebrar el culto de la Iglesia en su totalidad. En otros términos, debido a su ordenación sacerdotal, nosotros podemos "ser Iglesia" en la intimidad de nuestra Familia del Cenáculo.

Si nosotras las Hermanas nos sentimos con derecho de tener expectativas altas de nuestros sacerdotes, también sentimos la obligación de apoyarlos con nuestras oraciones, animarlos, y colaborar con ellos en el ministerio cuando es posible.

Nosotros tenemos un intenso interés fraternal de su crecimiento en la santidad y en el éxito de su ministerio sacerdotal. Su sacerdocio es una gran bendición para nosotras al esforzamos también por crecer en santidad apostólica en la tradición del Cenáculo, y agradecemos al Dios Trino este regalo.

## Preguntas de Reflexión

1. Recuerde los nombres de nuestros sacerdotes ST que le han ayudado en el camino a la santidad o en su trabajo misionero. Específicamente, ¿qué ayuda ellos proporcionaron?

2. Piense en las contribuciones particulares que nuestros sacerdotes ST han hecho a nuestro conocimiento de la historia del Cenáculo y la preservación de nuestro carisma. Haga una lista, y ore por los sacerdotes que hicieron este trabajo por nosotros.

3. ¿Qué piensa usted que son las características que distinguen a nuestros sacerdotes ST de otros sacerdotes? ¿Cómo demuestran ellos ser hijos del Padre Judge?

Diciembre 2009